

ANTONIO BELTRAN MARTINEZ

(Zaragoza)

Acerca de los límites cronológicos de la arqueología

Los estudios sobre lo que podemos llamar una «teoría general» de la Arqueología, son numerosos y modernos; y muchas de las cuestiones que permanecían confusas y enfocadas de muy diversas maneras hace poco tiempo por los estudiosos se van aclarando y simplificando. No obstante, la cuestión que encabeza estas consideraciones, despierta aún, entre nosotros, la polémica y la duda y conviene pensar en ella, con la seguridad de que al hacerlo, también llegaremos, mediante el común esfuerzo, a obtener una posición firme y ventajosa para la investigación.

La bibliografía especializada sobre estos temas, que puede verse extensamente en nuestros trabajos *Introducción al Estudio de la Arqueología*, (Cartagena 1947) y *Arqueología clásica*, (Madrid 1949, cap. I) presenta en sus ejemplos más interesantes: Un grupo en el que se desarrolla un concepto de la Arqueología muy próximo a la Historia del Arte o a la Teoría de las Formas; así Biagio Pace (*Introduzione allo Studio dell' Archeologia*, 1.ª ed. 1933, 3.ª 1947), Paolo Enrico Arias (*Archaeologia*, reedición, Catania 1942); Goffredo Bendinelli, (*Dottrina dell' Archeologia e della Storia dell'Arte*, Milán 1938), entre los italianos; los franceses nos brindan un excelente resumen con Jacques Zarallaye, (*Introduction aux Etudes d' Archeologie et d' Histoire de l' Art*, París 1946) y con el mismo carácter podemos incluir la famosa y clásica obra del profesor suizo W. Deonna (*L' Archeologie, son domaine et son but*, 3 vols. refundidos luego en uno, París 1922). En alemán el excelente manualito de Koepp

(*Archaeologie*, I, Berlín 1911). Todos estos autores, preocupados de manera exclusiva y eliminadora por lo «clásico», han provocado saludables reacciones, dando lugar a obras tan estimables como la de Buschor (*Begriff und Methode der Archaeologie*, en el *Handbuch de Otto*, I, 3, Berlín 1939) o, con muchas menos pretensiones, el librito editado por el British Museum (*How to observe in Archaeology*, Londres 1.ª 1920, 2.ª 1929) con la colaboración de especialistas como Kenyon, Hill, Flinders Petrie, Woolley, Davies, R. A. Smith, Forsdyke, Anderson, Myres, Hogarth Fitzgerald y Hall, para un total de 120 páginas. Más reciente el manual de Georges Daux (*Les Etapes de l'Archeologie*, París 1948).

No sería justo omitir el papel esencial que a la Prehistoria ha correspondido en el avance y modernización del concepto de Arqueología. Las más atrevidas ideas han surgido siempre en este campo, dando lugar a monografías tan interesantes como las de Gordon Childe (especialmente *Introduction to the Conference — on the problems and prospects of European Archaeology*, Londres 1944, pág. 4 ss.) que en una de ellas (*The future of Archaeology*, Man enero-febrero 1944) preconiza el que se atienda más a cómo está la Arqueología en el lugar donde la encontramos que a buscar su origen, a investigar el entronque con la Antropología social y a excavar preferentemente lugares de habitación, tendiendo a la tecnología y a la Antropología humana. Entre nosotros merecen ser citados en este lugar Pericot (*Grandeza y Miseria de la Prehistoria*, Barcelona 1949, *Treinta años de excavaciones en Levante*, Cartagena 1949 y *La España Primitiva*, Barcelona 1950), Almagro, (*Introducción al Estudio de la Arqueología*, Barcelona 1941), García y Bellido (*Historia de la Arqueología española desde 1800 hasta nuestros días*, Conferencia en el Curso de Baleares de 1949), Alonso del Real (*Función social del Arqueólogo*, Congreso Arqueológico de Albacete, 1947, pág. 33), Vayson de Pradenne (*La Prehistoria*, traducción argentina 1942) y Martínez Santa-Olalla (*Esquema paleontológico de la Península Hispánica*, 2.ª ed. Madrid 1946, y *Pasado y presente de la Arqueología y futuro de la Paleontología*, Congreso de Albacete, 1947).

Finalmente, no podemos descuidar, tampoco, la bibliografía acerca de las excavaciones arqueológicas, extensa en títulos de importancia, de la cual solamente anotamos unos cuantos que estudian con especial esmero la relación entre los trabajos de campo y el concepto de la Arqueología: son Salin (*Manuel de Fouilles Archeo-*

logiques. I. *Les fouilles de sepultures du V au VIII siècle*. París 1947), Wiegand y Buschor (Handbuch de Otto cit., págs 71 y 77 respectivamente), Foudou-Kidis (*Manuel de la technique des fouilles archeologiques*, París 1939), De Morgan (*Les recherches archeologiques, leur but et leur procedés*, París 1934), Du Mesnil du Buisson (*La technique des fouilles archeologiques*, París 1934) y Woolley (*Digging up the past*, Londres 1930). Acerca de las excavaciones españolas las publicaciones de Martínez Santa-Olalla y en otro sentido de Castillo (Congreso Arqueológico de Elche, Cartagena 1949).

La cuestión de los límites que nos planteamos, arranca de lo impreciso de las definiciones y aun de los conceptos que suelen darse de la Arqueología. Bien fácil es, por lo pronto, desechar los que se fundan en el simple valor etimológico de la palabra («tratado de lo antiguo»), o la opinión de quienes piensan que nuestra ciencia no pasa de ser una más o menos amplia historia monumental y artística de la antigüedad, o la idea que la confunde, más o menos claramente, con un coleccionismo, por muy erudito y razonado que éste sea.

Tratemos de obtener un concepto o por lo menos una enumeración de las tareas del arqueólogo, mediante un razonamiento lógico. Una base segura de donde podemos partir es la afirmación de que *la Arqueología figura en la serie de los grandes intérpretes de la Historia*; a lo que podríamos añadir que, en determinadas etapas, es la Historia misma. Este sentido tendría la indicación de Gordon Childe cuando afirma que «la Arqueología es una ciencia social que a todos por igual interesa». Su ambiente está formado, en consecuencia, por los restos materiales contemporáneos de las situaciones históricas que se estudien y su tarea será el trabajo sobre tales vestigios. De aquí que podamos asegurar, en términos generales, como labor propia de la Arqueología, *el imputar ordenadamente a una época pasada, una cosa formada por la mano del hombre, o utilizada por él, recogiendo del conjunto de cosas estudiadas, el medio material, cultural y físico, en el que desenvolvía sus actividades el ser humano y tratando de deducir de dichos resultados la base espiritual correspondiente*. Si a las cosas hechas o usadas por el hombre, que pueden informarnos de alguna de sus actividades, las llamamos «monumentos», las actividades arqueológicas tenderán a obtener o recuperar estos monumentos (excavaciones), tras lo cual deberán ser interpretados, descritos, fechados y conservados.

Esta exposición deja sin resolver el concepto de los límites cronológicos de la Arqueología. Biagio Pace dice: «La Arqueología es

el método para el estudio de las obras humanas o monumentos de los pueblos antiguos, a fin de preparar, conjuntamente con la Filología —estudio de los monumentos escritos—, los materiales para la reconstrucción histórica de la vida pasada en sus diversos aspectos». Es decir, cualquier objeto perteneciente al pasado, próximo relativamente o remoto, podrá ser considerado desde el punto de vista del Arqueólogo; así llegaríamos al concepto de los autores griegos y romanos, para quienes «arqueología era un conocimiento del pasado». También al tratar de la tarea arqueológica decíamos que consistía en «imputar a una época pasada...».

¿Qué habremos de entender por pueblos antiguos, antigüedad, o época pasada? ¿Hasta qué punto podremos detenernos en un límite y cuál será el grado de convencionalismo de éste? ¿Nos servirá la vieja división de la Historia en Edades? Todas estas preguntas van envueltas en la cuestión que nos proponemos, independientemente del hecho de que se crea, fundadamente, que la disolución del imperio romano y la constitución de los reinos Bárbaros, como una consecuencia del mismo, constituyan el fin de los tiempos antiguos.

No es ocioso, pues, el plantear —y tratar de resolver— esta espinosa cuestión, aunque en la práctica —repetimos— existan hoy pocas dudas entre la mayor parte de los profesionales. Su importancia se acrecienta por llevar su solución anejas otras para otros tantos problemas estrechamente relacionados entre sí.

Nos referimos concretamente a los *límites cronológicos*, de los cuales no puede haber duda en el superior —la aparición del Hombre en el mundo—, pero sí las hay en el inferior. La legislación española «de excavaciones y antigüedades» lo lleva hasta el reinado de Carlos I (Reglamento de 1.º de marzo de 1912, para aplicación de la Ley de 7 de julio de 1911) (1).

Según los términos usados por la Ley, no hay dificultad para observar que estamos en presencia de un límite absolutamente convencional, por lo tanto sin valor en sí; exactamente igual pudo ha-

(1) Art. 2.º Se consideran como antigüedades todas las obras de arte y productos industriales pertenecientes a las edades prehistóricas, antigua y media. Dichos preceptos se aplicarán a las ruinas de edificios antiguos que se descubran, a las hoy existentes que entrañen importancia arqueológica y a los edificios de interés artístico abandonados a los estragos del tiempo (Ley de 7 de julio de 1911). Art.º 2. Copia el artículo de la precedente Ley, pero añadiendo después de "edades prehistóricas, antigua y media", "hasta el reinado de Carlos I".—Comisaría de Excavaciones Arqueológicas, Legislación vigente sobre el Patrimonio Arqueológico Nacional y las Excavaciones Arqueológicas, Madrid, 1943.

berse enunciado como materia propia de la Arqueología el conjunto industrial de tiempo de Felipe II o haber excluido el de los Reyes Católicos.

Don J. Ramón Mélida afirmaba que la Arqueología terminaba cuando comenzaba la imprenta y con ella la abundancia de datos escritos, cosa muy discutible.

Actualmente suele mantenerse un tope inferior bastante uniforme por los científicos europeos, aunque teniendo en cuenta la diversa prolongación de la Prehistoria en cada uno de los países; así, en Alemania y los Países Nórdicos, suele hacerse terminar con los Wikings, cuando nuestros reinos peninsulares sufren o rechazan dos incursiones por la mano del Obispo Gelmírez o de Abderrahman II. En Italia se mantiene la tesis de que los estudios arqueológicos comprenden hasta el Bajo Imperio y el Imperio Bizantino; en Francia hasta los mismos tiempos y así el Museo de Antigüedades Nacionales de Saint Germain cobija objetos desde el Paleolítico hasta Carlomagno; opinión semejante sustentó el Congreso de Bruselas y una idea análoga mantienen los centros de investigación españoles, los Congresos Nacionales y del Sudeste, las revistas especializadas (Archivo Español de Arqueología, Ampurias, etc.) y las bibliotecas de los centros; el Consejo Superior de Investigaciones Científicas asigna a sus «Cartas Arqueológicas» el tiempo transcurrido entre la Prehistoria y la caída del reino visigodo español.

Frente a esta común opinión no puede desconocerse el criterio de ciertas importantes revistas especializadas, inglesas y norteamericanas fundamentalmente, que admiten estudios sobre monumentos medievales y aun modernos, aunque en tales trabajos no podemos dejar de observar la presencia de un *método* arqueológico (Archaeological Journal p. e.); y tampoco el hecho de que nuestro Museo Arqueológico Nacional y los Museos provinciales admitan en sus colecciones, no sólo objetos de las Edades antigua y media, sino incluso piezas contemporáneas (Salas de porcelana del Retiro del Museo Nacional); realmente este concepto entra dentro de las ideas generales de «anticuaria» de la época de fundación de estos Museos tras la Revolución de 1868, pero es hoy total y absolutamente inadmisibles.

Es decir, que a priori y según lo expuesto, *el campo propio y especial de la Arqueología abarca desde la Prehistoria al año 711*, con el fin del reino visigodo.

En esta afirmación pueden establecerse salvedades que requieren

tomar la cuestión desde más lejos. Lo fundamental es determinar si la Arqueología es una ciencia o un simple método; es indudable que nació como simple auxiliar de la Historia; pero muy pronto adquirió sus procedimientos propios de investigación y razonamiento, es decir, su *método*, y como quiera que depende de conocimientos especialísimos, que de ninguna forma pueden ser incluidos en la Historia propiamente dicha, se ha convertido en una ciencia autónoma, que puede continuar su labor, registrando lugares de habitación, recogiendo indicios de las técnicas, industrias y artes de los pueblos pretéritos y estudiando las evoluciones del espíritu humano, aun careciendo del auxilio y base de la Historia, si bien sus mutuas relaciones, en el más estricto sentido de la palabra, deban mantenerse en lo fundamental. Ya hace muchos años M. Hoernes se inclinaba por la autonomía, como ciencia, de la Arqueología, mientras que Meyer la negaba.

Si atendemos a nuestros planes de estudios universitarios vigentes, encontraremos que los cursos de Historia se desgajan de sus conocimientos «auxiliares» y se estudian antes, cesando de ser éstos un simple camino; y además, mientras se separa de la disciplina de Historia General del Arte la Historia del Arte medieval, nada semejante se hace con el Arte antiguo. Lo cual viene a ser un reconocimiento tácito del papel especial que a la Arqueología incumbe en el estudio de la antigüedad.

Habremos, pues, de señalar un cometido específico de la Arqueología en cuanto ciencia y la posible utilización de su método propio en campos distintos del suyo específico. La *arqueología-ciencia* tendrá límites, al ser un conjunto sistemático de verdades, servido por método propio y tendiendo a un fin determinado; la *arqueología-método* podrá aplicarse a cualquier época y sobre cualquier vestigio de la actividad humana. En este caso será muy útil considerar la distinta actuación que los hechos históricos requieren de los arqueólogos en las diversas épocas; en la Prehistoria el Arqueólogo es señor absoluto de todas las investigaciones, requiriendo el auxilio de técnicos absolutamente fuera del campo histórico, como geólogos, paleontólogos, paleobotánicos y paleozoólogos, astrónomos, químicos, naturalistas (2) etc., y sin necesidad de recurrir

(2) Así encontramos bibliografía arqueológica en los siguientes títulos: "Pollen Analysis", por Godwin (New Phytologist, 4-5, 1943); "Petrological identification of Stone Axes", por Keyller, Pigott y Wallis (Proc. of the Preh. Soc. VIII, 1941, p. 50 ss.); "Kulturpflanzen und Holzreste aus dem prähistorischen Spanien und Portugal" (Bul. Facultatii de Stiinta diu Cernauti IX, 1935, 4) etc.

al historiador, porque cuanto Historia es posible «hacer» en esta etapa, la hace él mismo; en la Edad Antigua, los textos ayudan a la tarea, algunas veces con excepcional valor, otras dándonos una menguada idea de la veracidad y objetividad de los humanos (3); pero en la investigación para conocer nuestra más vieja Historia, Arqueólogo e Historiador «hacen» Historia conjuntamente, con apoyo mutuo y normalmente con mutua independencia; la Historia nos obsequiará con magníficos acontecimientos sin arqueología (Tartessos, Carthago de España púnica), mientras que la Arqueología nos dispensará espléndidas ruinas o monumentos sin historia (Azaila, esculturas de las Islas de Pascua, del Africa meridional, etc.); una cosa análoga podemos decir de la época de invasión de los pueblos germánicos, para la cual es válido cuanto queda sentado, ya que de ellos bien poco sabemos documentalmente.

En la Edad Media, y luego mucho más en los tiempos modernos, el trabajo arqueológico ocupará un lugar bien poco importante junto al propiamente histórico, al artístico, etc. (4).

No puede negarse, a pesar de todo, el valor que el método arqueológico, utilizado por arqueólogos o por historiadores, puede tener en cualquier época, para desentrañar los acontecimientos que escapan al testimonio literario, bien porque el cronista los supuso sin interés, o sobradamente conocidos para sus contemporáneos, o también por estar disminuída su exactitud por la falta de veracidad que se deriva de la propia incapacidad humana, cuando no de una voluntaria o instintiva desfiguración de los hechos. La Arqueología —el método arqueológico— valorará el hecho «menudo», que contribuirá a darnos un real conocimiento de la humanidad en un momento determinado de su evolución. Imagínese, por ejemplo, los diferentes conocimientos de una guerra estudiada en los partes ofi-

(3) Podemos hacernos eco en este lugar de todas las suspicacias y problemas que los juristas se han planteado sobre el testimonio humano y su necesaria crítica. Frente a lo explícito y claro de las noticias literarias, está la desconfianza que habremos de oponer frente a quienes, como humanos, son imperfectos e incapaces para percibir los hechos en toda su extensión y detalles. Y no hablamos de los casos en que, por instintivos movimientos irrefrenables de simpatía o antipatía, cuando no por deliberado designio, la objetividad en la noticia no existe.

(4) No parecen demasiado convincentes las razones de Daux (op. cit., pág. 63) en defensa de una arqueología medieval en el mismo sentido que se habla de «arqueología romana». De esta forma el viejo manual de C. Enlart y J. Verrier, que comprende desde los tiempos merovingios hasta el Renacimiento, no tiene razón de ser y en el fondo no es más que la aplicación de un método, sin constituir una ciencia.

ciales o en el terreno sobre las trincheras, cascos, proyectiles, restos de comida y vestuario, etc. y escrita luego su historia por los vencedores o los vencidos; piénsese en el denigrado Witiza como ejemplo.

Dentro de los tiempos medios, hasta el siglo XIV, en donde los restos materiales de la cultura van ya acompañados de noticias seriadas respecto de artistas, escuelas, etc., el método arqueológico tendrá que intervenir con más frecuencia, especialmente en los objetos procedentes de las artes industriales, hallados en excavaciones o, sin determinación de origen, en el comercio, sobre los cuales habrá que realizar una serie de operaciones dirigidas a su identificación cronológica, autenticidad, restitución, etc., que son en realidad, producto de un método estrictamente arqueológico y en donde la «estilística» sólo representará una ayuda puramente secundaria. En este sentido no podremos cerrar el paso al método arqueológico porque en el próximo Oriente hayamos de excavar Ctesifon en vez de Ur, o porque en España se excave Medina-Azzahra y no Numancia. Lo que sucederá es que, dado el campo reducido que a la Arqueología queda en tiempos posteriores a la Antigüedad, ni por excepción podremos hacer un estudio de estas épocas valiéndonos exclusivamente del método arqueológico, cosa normal en la Prehistoria y corriente hasta los siglos IV y V; la iconografía románica, por ejemplo, habrá que hacerla sobre bases literarias, históricas, artísticas, litúrgicas, arqueológicas; claro está que lo propio nos sucederá en la iconografía paleo-cristiana, aun cayendo dentro de la Antigüedad. Respecto de los monumentos arquitectónicos, teniendo en cuenta que raramente llegan a nosotros en su estado primitivo, tendremos que realizar una serie de operaciones, al margen de los textos, que consistirán en despojarlos de lo claramente postizo para examinar en lo que reste cuál es la obra primitiva, qué elementos le han sido posteriormente adicionados y en qué etapas se han verificado los añadidos; para ello habrá que atender al material y a la labra (así el románico del siglo XI proporcionará una labra a picón y sin marcas, mientras que el del XII las tiene y está labrado a gradilla, o lo zamorano lo está a maceta y juntas a hueso, etc.); examinar las soluciones defectuosas, que pueden ser ensayos, como la falsa cubierta de la capilla mayor de la catedral de Avila, o las ojivas insertadas de cualquier manera en la catedral de Salamanca; o puede tratarse de una realización deficiente de un mal maestro (como los errores de la Colegiata de Santillana); en otras ocasiones habrá que examinar los empalmes en la realización de una obra, bien

sea por cambio de maestro, bien por corresponder a otra etapa constructiva o simplemente por cambios en el material de construcción disponible.

En la escultura medieval habremos de utilizar como datos a conseguir y valorar arqueológicamente, los convencionalismos de talla, que obedecen a una pérdida del sentido escultórico y a un persistente rutinarismo; el relieve en silueta recortada, la talla a bisel, los detalles incisos, etc.

En lo medieval habrá, pues, que utilizar el método arqueológico para el restablecimiento del «monumento» (en sentido amplio) en su estado primitivo, la determinación de sus transformaciones sucesivas y la descripción en su estado actual, así como la identificación de materiales y técnicas; también para cualquier excavación, como las llevadas a cabo para hallar una de las alas de S. Miguel de Liño. Y aún podríamos ampliar estas excavaciones a monumentos existentes con elementos dudosos (el coro de la catedral de Santiago o la catedral de Zamora). Y otro tanto podríamos decir de lo árabe español, que resulta continuación de lo visigodo y lo hispano-romano y no un arte importado, quedando por lo tanto en la línea de lo autóctono a continuación de las épocas citadas y continuado por lo Califal, Mozárabe, Taifas y Granadino, que fundidos con los elementos extraños derivados de lo Asturiano, Románico y Gótico, originan lo Mudéjar y lo Isabelino y con el Renacimiento italiano, lo Plateresco.

Otra cosa completamente distinta es el dilucidar quién deba ser el que utilice este método arqueológico en la Edad media; las necesidades de la especialización y el hecho de que, pasada la Antigüedad, el arqueólogo se mueve en un ambiente que no es el suyo, imponen que este campo sea objeto del estudio de los medievalistas, a quienes el método arqueológico, elaborado teóricamente para servir en cualquier tiempo, prestará servicios inestimables. (5)

Deslindados de esta forma los límites superior e inferior de los estudios arqueológicos y por más que no sea ahora nuestro propósito, todavía nos quedaría establecer los límites laterales, determinando las zonas de fricción con Ciencias que se preocupan del estu-

(5) Muchas de las ideas utilizadas en este ensayo han sido elaboradas a través de amenas charlas y cariñosas discusiones con el Prof. Camps Cazorla, mi querido amigo, a quien he de agradecer aquí las muchas cosas que me ha querido enseñar y a quien queremos dedicar un emocionado recuerdo; la muerte lo ha arrancado de nuestro lado cuando más podíamos esperar de su madurez.

dio de los mismos objetos, aunque desde distintos puntos de vista. No existe hoy, teóricamente, confusión posible, pero durante mucho tiempo se ha considerado a la Arqueología «como una parte de la Ciencia general del Arte, de la cual la Historia Moderna es la otra parte» (Winter, y como él Gerhard y Furtwängler); y tal criterio, que no llega a separar Arte y Arqueología, siguen aún obras tan modernas y valiosas como el «Egipto» de Scharff (*Handbuch* de Otto, 1939) o el *Manuel de Archéologie Orientale*, de Contenau (París 1927-1947). Bien claro está que para el conocimiento del pasado cuentan bien poco las emociones estéticas y que ha dejado de poseer valor «la pieza de vitrina» frente al documento humano testigo de acontecimientos o custodio de una huella de vida de nuestros antepasados; un tiesto con marca de alfarero es más valioso para nuestros estudios, cuando aparece en una estratigrafía segura, que una bella estatua sin procedencia. Lo bello no puede ser la pauta de nuestra investigación. No puede negarse que la «Teoría de las formas» y otras precisiones puramente estilísticas son imprescindibles en Arqueología, en muchas ocasiones; pero también lo son la Numismática, la Paleontología o la Geología y nunca se incurre en el error craso de confundirlas entre sí.

Y lo mismo puede decirse de las pretensiones de suprimir el cometido y método propios de la Arqueología, para sustituirlos por otros más amables, pero que no son suyos. Es muy aleccionadora la lectura de las intervenciones de Miles Burkitt y Grimes en la comunicación de Hawkes, presentada al Congreso de Londres de 1944 (pág. 32-33): la tecnología y la tipología, molestas y minuciosas, forman el armazón sobre el cual podrán descansar posteriores construcciones; es indudable que la realización más sugestiva y el fruto adecuado de una seria tarea científica será el vestir los huesos desnudos de la Arqueología con la carne y la sangre que representan los pueblos que hicieron o manejaron los objetos que se examinan; pero sería inoperante aplicar ese ropaje viviente a un cuerpo sin esqueleto; primero hemos de encontrar los huesos y aprender a unirlos y después podremos aplicar sobre ellos el resultado de nuestras deducciones, y hacer marchar al ser vivo. Primero hemos de hacer Arqueología; unas veces el resultado de ese proceso será la Historia misma; otras veces, los resultados que se obtengan serán la base que el Historiador habrá de utilizar para llegar a sus conclusiones.